

debilito por momentos... y no quisiera morir sin saber que consiente usted en acceder á mi ruego.

« Ese será mi supremo consuelo.

« ¡Adiós! Luis, adiós!...

« ADELA DE RICHEMONT. »

## XXVI

## LO QUE ERA ROMUALDO

Cuando el duque hubo terminado la lectura, Olimpia y él miraron interrogativamente al señor de Posen.

— ¿Buscará usted á quien iba dirigida esta carta? — dijo el barón, contestando á aquella pregunta muda.

— En efecto — repuso Felipe — Indudablemente es un personaje muy elevado, á juzgar por las palabras « su omnipotente autoridad. »

— Y hasta es difícil ser más elevado.

— ¿Cómo? ¿Sería?...

— Sí, él es, el rey, Su Majestad Luis XV.

— En ese caso, ¿el señor Dizons?

— Es hijo suyo.

— ¡Oh! pobre muchacho! — exclamó Olimpia, con acento de profunda conmiseración.

— Hace usted muy bien en compadecerle, señora, — replicó el barón — pues no debe glorificarse él de haber nacido de tal padre. Por fortuna no sabe nada y proba-

blemente, nunca lo sabrá; ó, cuando menos, si sobrevienen circunstancias que me obliguen á enseñárselo, procuraré hacerlo lo más tarde posible.

— ¡Quiera Dios que no lleguen esas circunstancias! — exclamó el duque. — Con la nobleza de carácter que reconozco en ese joven, padecería mucho por esa revelación... ¿Luego usted se ha visto mezclado en tan extraña aventura, barón?

— ¡Mucho, puesto que la señorita de Richemont vivía en mi casa de la calle de la Ferronnerie en donde el rey le hacía el insigne honor de ir á deshonrarla! Yo fui quien estaba junto á ella en la hora de su muerte y conmigo fué con quien tomó ella las disposiciones necesarias para que Romualdo ignorase siempre el nombre de su padre.

— ¡Apostaría á que la desgraciada sería muy joven!

— No tenía aún veinte años, señora. Supongo que adivinarán ustedes lo que pasó. Es la historia vulgar de todos los amores de Luis XV, de los cuales es la señorita de Richemont una de las primeras víctimas, y Camila una de las últimas.

La pobre mujer vivía con los suyos en los alrededores de San Germain de Laye.

Un día, cuando se hallaba paseando sola, á orillas de la selva, su mala sombra la arrojó al paso del rey, que, á su vez se paseaba también á solas, pues había dejado lejos una cacería á cuya comitiva se cansó de seguir.

Asombrado de su belleza, Luis XV enamoróse en seguida de ella con ardiente pasión, y se lo hizo comprender sin rodeos.

La inocente niña, que nada sabía de cosas de amor, tuvo la desgracia de oírle y de creer en sus engañadoras palabras.

Diéronse varias citas en la morada de un guarda rural complaciente, y no tardó el rey en no tener nada que desear.

Al principio, la joven consiguió ocultar estas relaciones á sus padres, gentes austeras y que, no teniendo más bienes que su honra, no hubieran tolerado el menor ataque á ésta.

Sin embargo, aquella situación no podía durar mucho tiempo, y cuando, al fin, un principio de abultamiento les desveló la falta de su hija, arrojáronla despiadadamente del hogar paterno, aniquilándola con su maldición.

Desesperada, vino la joven á París, donde la casualidad la condujo á mi casa.

Ya se figurarán ustedes que el amor de Luis XV no fué sino fuego de paja, y que se enfrió rápidamente. Y hasta se apagó por completo al nacer Romualdo, quien, según él, le producía engorrosas complicaciones en su vida.

Por otra parte, la Pompadour, cuyo advenimiento acababa de efectuarse, le hacía olvidar del todo á la señorita de Richemont.

Ésta, cruelmente afectada por tan cobarde abandono, perseguida, además, por el remordimiento de haber deshonrado á los suyos, no tardó en desmejorar y en encaminarse á pasos agigantados á la tumba.

Entonces fué cuando, viéndose á punto de abandonar

este mundo, y pensando en la soledad en que iba á quedar su hijo, puesto que su padre quería ser para él extraño, tuvo la generosa idea de pedir á éste protección para aquél.

Creyérase que presentía que iba á necesitarla.

— ¿Y le dió el rey respuesta favorable? — interrogó Olimpia.

— Sí, fué bastante magnánimo para esto. Vea lo que escribió al dorso de la página que tiene usted.

El duque volvió la hojas y leyó estas palabras, trazadas de mano del monarca :

« Se hará lo que se pide en esta carta.

« LUIS ».

— ¿Nada más? — preguntó Felipe.

— Nada más; y van ustedes á ver lo que tuve que insistir para obtener tan poca cosa.

Como el rey me conocía como propietario de la casa de la Richemont y también por haber servido varias veces de intermediario entre ellos dos, no me costó mucho llegar hasta él.

Pero, cuando yo llegaba, disponíase él á entregarse á no sé qué diversión en que le esperaba madama de Pompadour, y no tenía tiempo — decía él — de contestar á la carta de la señorita de Richemont, carta que había leído distraídamente y con la mayor serenidad.

Quiso, pues, despedirme, invitándome á volver al día siguiente.

Pero, yo le hice observar que mi inquilina no vería probablemente el fin del día y que, por humanidad, urgía tomar inmediata decisión.

— ¡Pues bien! — me replicó — dígame que queda convenido, que le hacemos la promesa en cuestión.

— En ese caso, sire, sírvase sancionar la promesa por escrito — le dije.

— ¿Por qué por escrito? ¿No basta nuestra palabra? — me repuso en tono altivo.

— No en esta ocasión, sire — le contesté sin inmutarme. — Considere, en efecto, que no existiendo ya su madre, y que pudiendo marcharme yo de un momento á otro, el niño no sabría nunca el favor que se le concede.

Esto era de irrefutable lógica. Y él mismo tuvo que reconocerlo.

— Sin embargo — objetó; — no podemos redactar una epístola en este momento; pues no tenemos tiempo.

— Bastan dos líneas, sire — insinué yo.

— Para esas dos líneas, tendríamos que pasar á nuestro despacho, abrir el pupitre, coger papel...

— No hace falta, sire. Yo tengo pluma y tinta, y esta cartera es suficientemente ancha para servir de pupitre á Vuestra Majestad.

Y dicho esto, saqué de un estuche de que siempre iba provisto, una pluma y una escribanía diminuta, y se los presenté al rey.

— En cuanto al papel — añadí, — la página en blanco que hay en esta carta puede servirnos.

— ¡Sea! Acabemos de una vez — dijo malhumorado,

reconociendo que le era imposible eludir más tiempo mis instancias. — ¿Qué tenemos que escribir?

— Lo que guste, sire, con tal que responda á la petición de la señorita de Richemont.

Reflexionó algunos segundos, y luego trazó la línea que acaba usted de leer.

Así que hubo terminado, me dijo :

— Aquí está. Con semejante prueba de amistad no puede acusarnos de ingratitud la madre de Romualdo.

— Claro que no, sire — le contesté reprimiendo una sonrisa de piedad que me contraía los labios.

Después, me retiré, y, muy contento con el éxito de mi diligencia, apresuréme á volver junto á la moribunda, cuya alegría al saber que había sido escuchada su súplica no voy á describir.

— Por la noche, ya no existía.

— ¿Y quién se ha encargado del niño?

— Yo. Ya sabe, querido Felipe — se lo dije cuando nos conocimos — que, con objeto de rescatar la falta de que me hice culpable al prestar mi concurso á Bathilde de Wendel para sacar á usted de los brazos de su madre, procuro hacer una buena acción siempre que la ocasión se presenta.

Y no quise dejar escapar esta, para descargar parte del peso que tenía en mi conciencia.

Y al saber la Richemont lo que yo había resuelto, pudo morir tranquilamente.

Cogí, pues, á la criaturita, que apenas tenía cinco meses; acabé de hacer que la criáran, y cuando tuvo cuatro años, viéndome yo obligado á salir de París

para efectuar en el extranjero una misión que entraba en mis atribuciones, la coloqué en manos de un amigo mío, viejo gentilhombre que vivía solo y que se llamaba Gabriel, para que, durante mi ausencia, cuya duración no podía yo prever, le proporcionase una educación esmerada.

De todos modos, antes de partir, tuve la buena ocurrencia de ir á visitar á Luis XV.

Me acordé que él había prometido á la señorita de Richemont asegurar pecuniariamente la suerte de su hijo y quería yo saber si podía contar con él sobre este punto.

Debo confesar que lo encontré en excelentes disposiciones.

Y hasta me pareció muy emocionado cuando le hablé de su antigua víctima, y murmuró varias veces : « ¡ Pobre Adela ! ¡ Pobre Adela ! », con voz impregnada en llanto.

— Piedad algo tardía — observó irónicamente Olimpia.

— Esa misma reflexión hice yo al oírle. Me expliqué su compasión póstuma por el hecho de que ya hacía cuatro años que se hallaba bajo el yugo de la Pompadour, y que, en consecuencia, su inclinación hacia ella, al principio tan absoluta que lo había vuelto atrozmente cruel, debió perder su primer ardor, por lo cual, su corazón, vuelto ya casi libre, debía recordar pesados y enternecidos aquel otro amor tan puro.

Aun no era tan abyecto para no enterarse de la diferencia que existe entre un cariño semejante al de la

señorita de Richemont y la ternura interesada de la favorita.

Pero como yo no había solicitado audiencia para dedicarme con él á sensiblerías, atacé pronto el objeto que me llevaba y le supliqué me enterase de sus intenciones respecto á Romualdo.

— Vamos á mandar depositar inmediatamente á su nombre, en una notaría, doscientas mil libras — me dijo, — y le producirán una renta de un cinco por ciento.

— ¿Es vitalicia era renta? — le pregunté; — porque, en ese caso, si llegase á contraer matrimonio, á tener familia, y muriese luego, no dejaría capital alguno tras de sí.

— No, no — me contestó; — será transferible á sus herederos, siempre que estos sean directos y no colaterales, por supuesto.

— Naturalmente — aprobé.

Entonces me nombró el notario que debía recibir los fondos, me dió algunas palabras por escrito para acreditarme ante éste, y me despidió.

— ¿Y no expresó deseos de abrazar á su hijo? — preguntó la duquesa.

— No; pero, preguntando por su salud, pareció muy contento cuando yo le dije que era buena y me agradeció efusivamente el haberme encargado de él, añadiendo que no dudaba que yo haría de él un hombre honrado, á lo que por poco contesto que esperaba verle con costumbres algo menos disolutas que las de su padre.

La situación material de Romualdo estaba arreglada

yo me entendí con el señor Gabrian para que nunca conociera aquél su origen.

Dicho señor, según convinimos, tenía que decirle más tarde que era huérfano y presentarse como tutor suyo.

Luego, á las preguntas que Romualdo haría acerca de sus padres, debía manifestarle que éstos eran de nacionalidad inglesa y que, á causa de una epidemia, habían fallecido en las Indias, en el curso de un viaje.

Allí es donde diría Gabrian que los había conocido y que tenía con ellos amistad suficiente para que, á falta de parientes cercanos, le nombrasen su tutor.

— ¡Caramba! ¿Por qué haberlo convertido en hijo de Albión? — preguntó Felipe.

— Á ello nos indujo la consideración siguiente :

Como el niño no tenía apellido, pues no hubiera convenido dejarle llevar el de su madre, decidimos darle uno y hasta añadir un título nobiliario para que pudiese figurar en el mundo.

Pero como las formalidades exigidas en Francia para obtener uno y otro son muy largas de llenar, pensamos que era preferible dirigirnos á Inglaterra, en donde se es más expeditivo en semejante caso y donde, además, Gabrian tenía, en Londres, influencia en las oficinas de la Cancillería.

Entablamos, pues, en seguida, las negociaciones necesarias, y la cosa se efectuó tan rápidamente, que teníamos en mano documentos auténticos, constatando que nuestro protegido se llamaba en lo sucesivo vizconde de Dizons; nombre y calidad con los que, en efecto, se le conoce desde entonces.

He ahí, querido Felipe, la razón de que Romualdo pase por súbdito británico y he ahí también su historia completa, que no creí tener que contársela á usted algún día, pues no podía prever lo que ha ocurrido, es decir que tendría íntima amistad con su hijo, que sería prometido de la hija de Marina y que, en fin, tendría usted que pedir su gracia al rey.

— Gracias, amigo; me alegro mucho de haberme enterado.

— Para terminar, diré que el señor Gabrian es el anciano que se presentó aquí para pedir la mano de Luisa.

— ¡Ah! ¡es verdad! Ahora caigo en que el tutor del vizconde se hizo anunciar con ese apellido. Siento no haber sabido entonces lo que ahora sé; pues le hubiera felicitado por haber hecho de su pupilo un perfecto gentilhombre.

— Eso es lo que he observado yo con alegría.

Á decir verdad, temía por las costumbres de Romualdo; no porque dudase del celo del señor Gabrian en inculcarle buenos principios; sino porque temía que heredase de su padre esa deplorable propensión al libertinaje y que, en este caso, los instintos hablasen más claro que todo lo demás. Afortunadamente, mis temores no tenían fundamento.

— ¿Y se ha dado usted á reconocer á él?

— Más bien debería usted decir conocer, ya que no es posible que su memoria haya conservado algún recuerdo mío.

— Es verdad.

— No; no me conoce aún. No quiero entrar en su vida hasta más tarde. Tengo motivos para proceder así.

Ahora, querido Felipe — añadió el señor de Posen levantándose — no quiero retenerle más. Corra inmediatamente á reclamar la libertad de toda nuestra gente, libertad que no podrá negarle el rey, ni aun en lo que concierne á Romualdo; puesto que posee usted lo suficiente para que se abran á este todas las puertas.

— Voy á escape — dijo el duque, disponiéndose en seguida á marchar á Versalles. — Querida Olimpia, espero que antes de la noche tendremos la dicha de abrazar á nuestros hijos.

— ¡Que Dios te oiga, Felipe! — dijo la duquesa. — ¡Me hacen tanta falta sus caricias!

El duque salió con el señor de Posen.

Mientras el primero montaba á caballo y salía precipitadamente del hotel, el segundo, con paso nada fatigado, á pesar del irrisorio reposo que se había tomado, encaminóse hacia la calle de la Ferronnerie, en donde seguía habitando.

XXVII

RESULTADO DE LOS PASOS DEL DUQUE.

A todo galope llegó Felipe á Versalles, de donde estaba decidido á no volver sino acompañado de Blanca y Luisa y portador de la orden de libertad de los dos jóvenes.

Llegado á Trianon, residencia habitual de Luis XV, fué derecho á la habitaciones ocupadas por éste.

Allí fué recibido por un gentilhombre de cámara, que precisamente era amigo suyo, llamado Varades.

— ¿Qué diablos, viene usted á hacer aquí, señor de Nevers, á estas horas, y de dónde sale, que no se le ha visto en tanto tiempo? — le preguntó dicho gentilhombre.

— Querido Varades — repuso Felipe, — acabo de llegar de Lorena y deseo ver al rey inmediatamente; tengo que comunicarle algō importantísimo y que no sufre el menor retraso. Sírvase, pues, por favor, anunciarme á Su Majestad.

— ¡Diantre! ¿Qué ocurre? — exclamó el otro, en tono jovial. — ¿Nos amenazará una nueva guerra de Siete Años, ó se dispondrá el Gran Turco á invadir á Francia como pensaba hacerlo hace unos años?

— No bromeo, señor de Varades; necesito hablar ahora mismo al rey en persona. Se trata de un asunto de los más graves.

El tono en que Felipe pronunció estas palabras indicó al gentilhombre que no era, en efecto, momento de divertirse.

— Querido duque — replicó; — si sólo dependiera de mí, crea usted que tendría verdadero gusto en prevenir á Su Majestad de la audiencia que usted solicita... Desgraciadamente, me es imposible.

— ¿Cómo, imposible? ¿Por qué? Demasiado sé que mi visita, algo matutina está fuera de las reglas de la etiqueta; pero hay casos de fuerza mayor, y entonces, esas reglas se consideran como nulas.

Además, si teme usted una reprimenda por infringirlas, diré al rey que yo le he obligado y así le descargaré de todo castigo.

— ¡Oh! ¡no me detendría eso!

— ¿Qué, entonces? ¿Está enfermo Su Majestad?

— La verdad, no lo sé.

— ¡Por Dios! Sea más explícito, amigo mío. ¿Por qué no puedo ser introducido?

— La razón es muy sencilla... Su Majestad no está.

— ¿Ausente, el rey?

— Sí.

— ¿Por qué casualidad?

— Eso es lo que yo me pregunto.

— Es raro que haya salido tan temprano.

— ¿Salido? ¡Oh! ¡no! puesto que no vino anoche.

— ¡Dios! — exclamó Felipe, presa de súbito temor, y con el rostro teñido de púrpura; — ¿se habrá quedado en el Parque de los Ciervos?

Pensaba en Blanca y en Luisa, sobre todo en la primera, que, de ser así, la habrían tenido en su venedad.

— ¡Chitón! ¡chitón! ¡No conviene pronunciar ese nombre! — dijo Varades, extrañado de la exclamación del duque y sin comprender el interés que parecía tener en que el monarca hubiera ó no hubiera pasado la noche en la calle de Saint-Médéric. — Además, no puedo enterarle, pues ni siquiera sé si fué ayer á ese sitio.

El duque no se atrevió á decir que él estaba seguro de ello.

— ¡En fin, no está aquí? — dijo descorazonado.

— Si lo duda usted, señor de Nevers, puede entrar á las habitaciones. Visítelas usted mismo.

Y el gentilhombre de cámara se apartó para dejarle paso.

— No, no; es inútil; me basta su afirmación — dijo Felipe. — ¿Pero en dónde puede estar?

Varades se encogió de hombros, como indicando que nada sabía.

En aquel momento llegó un teniente de mosqueteros que, dirigiéndose á este último, le anunció que se le relevaba de su servicio en Trianón, pues el rey estaba

en el castillo, en donde pensaba permanecer algún tiempo.

— ¡Magnífico! — exclamó, riendo, Varades. Mire por donde termino mi semana de facción, y por donde se entera usted, querido duque, de lo que deseaba saber. Teniente, acaba usted de hacernos un grandísimo favor, sin saberlo.

— En efecto, este señor no podía haber llegado más á tiempo — replicó Felipe, — porque me hubiera contrariado mucho no ver á Su Majestad esta mañana. Adiós, señor de Varades, corro allí.

Y salió á toda prisa, impaciente por abordar á Luis XV.

No se entraba en el castillo tan fácilmente como en Trianón.

Antes de llegar hasta las habitaciones del rey, el duque tuvo que atravesar una multitud de cuartos que se sucedían interminablemente unos á otros y en cada uno de los cuales había ujieres ú oficiales de guardia á los que tenía que darse á conocer.

Sin embargo, acabó por llegar á las principales habitaciones

Allí experimentó nuevo descorazonamiento.

La antecámara estaba vacía, cosa excepcional á aquella hora, y le dijeron que el rey acababa de anunciarse á la reina hacía un cuarto de hora.

— ¡Vamos! — se dijo Felipe — ¡un retraso más! ¡Por vida de! ¡Aunque esté en el fin del mundo, tengo que ir á buscarle donde se encuentre!

La parte del castillo ocupada por María Leczinska

era contigua á la que habitaba su augusto esposo... cuando por casualidad la habitaba, lo que desde hacía dos años era muy raro.

Pero como las puertas de comunicación estaban especialmente destinadas á los dos cónyuges ó á sus familiares, Felipe tuvo que dar un gran rodeo para llegar á la antecámara por donde se entraba á las habitaciones de la reina.

En el umbral había un ujier, centinela vigilante.

El duque le encargó avisase el rey que se dignara concederle un momento de conversación fuera de la presencia de la soberana.

El ujier, inclinándose respetuosamente, escudóse tras su consigna, y le respondió, como Varades, que le era imposible.

Su Majestad había dado orden terminante de no molestarle por nada, aunque sus mismos ministros vinieran á someterle los más graves asuntos.

— ¡ Ah! ¿ y cuánto va á durar esa orden? — interrogó Felipe, muy inquieto.

— Unos ocho días, señor duque.

— ¡ Ocho días! — exclamó Felipe aterrado

Un mazazo no le hubiera producido el efecto que esas palabras que acababa de oír, pues demasiado comprendía lo que significaban.

Era una desaparición absoluta de Louis XV durante una semana.

Sabía que, de cuando en cuando, el rey, teniendo conciencia de la vergonzosa vida que llevaba, y presa, por consiguiente de atroces remordimientos, se inflí-

gía un riguroso retiro de ocho días, durante el cual permanecía á todos los ojos tan invisible como si estuviera sepultado á cien pies bajo tierra.

Podría aplicársele entonces el famoso verso de Horacio: « *impavidum ferient ruinæ* », para que hubieran podido realizarse los acontecimientos más considerables sin que él diera la menor señal de vida.

Felipe sabía esto, y sabía también que acostumbraba pasar ese retiro junto á la pobre María, á cuyos pies lloraba entonces sus faltas, pidiéndole perdón y jurándole no volver á caer.

Juramento que olvidaba en seguida — obvio es decirlo. en cuanto pasaba su « acceso de remordimientos ».

El duque estaba, pues, desesperado por ese contratiempo que, en aquella circunstancia, podía traer graves complicaciones.

En primer lugar, la prolongación de la estancia de Blanca y Luisa en el Parque de los Ciervos, donde, aunque no estuvieran éstas en peligro, no dejaban de hallarse expuestas á saber y ver cosas que mancillarían para siempre su alma.

Después, el continuar la prisión de Enrique y Romualdo, permitiendo así á las gentes de la ley empezar á instruir sumario y quizás adelantar esa instrucción lo suficiente para que no pudiese anularse sin escándalo, lo cual, en ese caso, provocaría la divulgación de todas estas aventuras que se encadenaban indisolublemente unas á otras.

¿ Qué iba á hacer, dada la situación?

¿ Intentar llegar por la fuerza hasta el rey?

No había que pensarlo.

Suponiendo que lo consiguiera, lo que dudaba mucho, el hecho de haber quebrantado la consigna hubiera indispuerto seguramente al monarca contra él y hubiera perjudicado á la diligencia que iba á hacer.

¿ Esperar ocho días ?

Era demasiado largo ese plazo.

Un momento pensó en advertir á la reina; pero hubiera necesitado hacerla entrar en la confianza y le repugnaba hacer saber que su hija se hallaba en el lugar en donde estaba.

De pronto tuvo una inspiración.

Era ir á ver á la Pompadour, que, después de Louis XV, era quien mandaba en el establecimiento de la calle de Saint-Médéric, y exigirlé que le devolviese en el acto á las dos jóvenes, aunque para ello tuviera que acudir á las mayores amenazas.

— ¡Pardiez! — pensó — puesto que Cotillón II es quien las ha hecho entrar allí, ella es quien las hará salir, y ya veremos si se atreve á oponerse.

En cuanto á lo que á Enrique y Romualdo respecta, iré á ver á Sartine, teniente general de policía, y trataré de obtener que no se les instruya sumario alguno.

Tomada esa resolución, volvió rápidamente á Trianon para arrancar á la favorita el *exeat* que deseaba.

Mas, apenas introducido en sus habitaciones, cuya consigna había violado empujando á los lacayos que custodiaban las salidas, hallóse en presencia de dos hombres vestidos de negro que, con las mangas arre-

mangadas, discutían de tal manera que parecía que quisieran devo rarse.

Uno de ellos, bajito, grueso, de rostro apoplético, podría tener de sesenta y cinco á sesenta y ocho años; el otro, alto, con faz de palidez biliosa, representaba tener algunos años menos.

El primero tenía en la mano derecha un objeto cuya naturaleza no era fácil determinar á primera vista, los arcos, semicírculos, líneas curvas y quebradas y toda clase de figuras geométricas que describía el brazo que lo sujetaba.

El segundo, con la diestra también, sostenía un instrumento con hoja de acero, que movía igualmente en todos sentidos, y al que era asimismo difícil aplicar en seguida un nombre exacto.

No obstante, siguiendo atentamente las rápidas vueltas imprimidas al objeto y al instrumento, se acababa por distinguir en aquél uno de esos microscopios de pequeñas dimensiones llamados microscopios de bolsillo, y en éste, el atributo por excelencia de cualquier Sangrado, ó sea una lanceta; pero tan grande, que parecía un bisturí.

Felipe se detuvo sorprendido á pocos pasos de los energúmenos.

Acababa de reconocer á uno y otro.

El pequeño, de faz rojiza y sanguínea, era el doctor César Cabalus, innovador del método de tratamiento por el sudor.

El alto y delgado, de cara angulosa, su colega, Ángel Rafaeli.

Desde que lo habían cuidado en casa de Passepoil, — se recordará de qué manera tan extraña — nunca les había perdido del todo de vista, y, si, por fortuna, nunca más necesitó de sus servicios, no dejaba de conocer la triste celebridad que habían seguido adquiriendo por su inconmensurable necesidad.

— ¿Qué hacen ahí, esos dos imbéciles? — se preguntó, sin explicarse su presencia en casa de la favorita.

Bastóle oírlos un momento para saberlo.

— *Synochus imputris*, le digo — murmuraba Cabalus; — es el *synochus imputris*, descrito por Scribonius Lagus el año 76 antes de nuestra era... sí, el año 76, lo entiende usted; el que se perdió hasta el siglo dos y que lo volvió á encontrar Galeno, que habla de él extensamente en su libro: *De locis affectis*; en fin, el mismo sobre el que yo he escrito un tratado de doce volúmenes que, para enseñarle á usted algo, le obligaré á leer, pues es usted muy ignaro.

*Flegmasia del plexo cerebro espinal con dilatación de la hoja visceral de la aracnoide* — replicó en tono agudo y penetrante Ángel Raphaeli. — Sí, flegmasia muy determinada de los nervios cerebrales y en la que nada tiene que ver ese sinoco... nada, nada, nada, absolutamente nada.

— Usted desbarra, compadre — replicó vociferando, Cabalus, — y me avergüenza el que nuestra ilustre corporación le cuente en su seno. Es de tal modo el *synochus imputris*, que, con ayuda de este microscopio, acabo, según mi método acostumbrado, de des-

cubrir, en el sudor del *epitelio labial*, el *microsporo furfur*, síntoma innegable del sinoco.

— Y yo, con la punta de esta lanceta, he recogido sangre cuya *hematosina* violácea denota, sin que pueda uno equivocarse, la flegmasia del plexo cerebro espinal, ¡so ignorante! — le dijo Raphaeli.

— ¡Es usted un estúpido, un animal, señor Raphaeli!

— ¡Y usted sólo sirve para tirar de un carro, señor Cabalus!

— Si no me contuviera, le destrozaría el cráneo con el microscopio!

— ¡Y yo le abriría á usted hasta la última vena, con mi lanceta!

— ¡Tenga cuidado; la paciencia tiene sus límites!

— ¡No me exaspere usted, pues no respondo de mí!

Nuestros dos augures, cada vez más excitados, irían tal vez á venirse realmente á las manos, pues ahora estaban casi dándose de narices y con el pelo erizado como gatos furiosos, cuando Felipe, que tenía muy pocas ganas de presenciar semejante escena, se acercó á ellos.

— Dispensen ustedes, señores — les dijo, separándolos vigorosamente; — según puedo juzgar por su galimatías científico, han venido ustedes aquí á cuidar algún enfermo; ¿no es eso?

César Cabalus y Ángel Raphaeli que, en el calor de la discusión no habían notado la presencia del duque, quedaron extrañados al verle surgir de pronto en medio de ellos, y su primer impulso fué el tratar duramente

al intruso que de aquel modo osaba interrumpirles.

Pero, reconociéndole en seguida y sabiendo su sombrío orgullo, creyeron prudente no entregarse á ninguna demostración hostil contra él.

Lejos de ello, y olvidando la pregunta, quisieron tomarle como árbitro de su querella.

— Figúrese, señor duque — le dijo Cabalus agarrándole de un faldón del frac — que este majadero se atreve á sostenerme que no es el synochus imputris, cuando, por medio de este instrumento, fabricado especialmente por indicaciones mías, he descubierto en la exhalación cutánea, es decir en el sudor del sujeto, « el microsporo furfur ».

— ¿Puede admitirse, señor de Nevers — intervino el italiano asiéndole del otro faldón — que este sabihondo esté lo bastante desprovisto de saber para sostener que es una flegmasia del plexo cerebroespinal?

— Mire, voy á demostrarle...

— Y yo á convencerle...

— ¡Vaya! señores de la docta Facultad — exclamó Felipe soltándose de sus manos — exímanme ustedes de esa discusión de que no entiendo nada, y contésteme...

¿Hay aquí una persona que necesite los auxilios de ustedes?

— Los míos, querrá usted decir — rectificó Cabalus.

— Al contrario, los míos, sólo los míos — añadió Raphaeli.

— ¡Voto á! — juró el duque cogiendo á ambos fantoches por un brazo y sacudiéndolos rudamente — ¿van

ustedes á contestarme?... ¿Para quién han venido á Trianón?

— ¡Pues para la señora de Pompadour! — dijeron los dos casi al mismo tiempo.

— ¿Cómo! ¿Está enferma, la marquesa?

— Y atacada gravemente de synochus imputris ó, para hablar en lenguaje profano, de la fiebre pútrida, — replicó Cabalus.

— No le crea usted, es flegmasia cerebro... — intentó decir Raphaeli.

— ¡Váyanse al diablo con su monserga! — interrumpió Felipe con mal humor. — ¡Qué me importa lo que tiene! Sólo veo una cosa : que está enferma... y gravemente, según lo que ustedes dicen.

De no tener el duque tantos motivos para odiarla, hubiérase apiadado seguramente de la favorita; pero, tras la infamia por ella cometida con Blanca, no la tenía la menor compasión.

Además, estaba furioso porque aquel acontecimiento imprevisto le impedía obtener lo que deseaba.

No obstante, quedábale una esperanza; y era, que los dos ignorantes por quienes sabía la noticia se equivocasen y tomasen por grave enfermedad una simple indisposición.

Iba á interrogarles para saber á qué atenerse, cuando entró un cuarto personaje.

El recién venido no era otro que el célebre Francisco Quesnay, médico del rey, desde hacía veinte años y que tenía gran autoridad entre los sabios.

Nacido en 1694, en una aldea de Normandía situada

no lejos de Monfort Amaury, pronto adquirió inmensa fama, como cirujano y como médico.

Además, al tiempo que se ocupaba en cortar piernas y en mandar tragar drogas, estudió á fondo agricultura y se convirtió en economista de primer orden, basando su sistema en el producto de la tierra.

Y hasta fundó una secta llamada, « secta de los Economistas », que gozó mucho tiempo de gran consideración y de donde salieron hombres de valor tales como Turgo, Dupont de Nemours, el marqués de Mirabeau y otros.

Además, para aumentar aún esos talentos, atribuía-sele el don de presentir la locura.

Acerca de esto, cítase una anécdota muy interesante, que encontramos en memorias de la época.

Una mañana, en casa de la favorita, de quien se hizo médico á consecuencia de una curación maravillosa de la condesa de Estrades, hablábase de un individuo empleado en las cocinas de Versalles, el cual, en un momento de alucinación, fué á acostarse en la cama del rey, en ausencia de éste, sin que se pudiera nunca saber cómo consiguió penetrar hasta allí.

— He visto á ese muchacho — dijo Quesnay, que estaba presente — y puedo asegurar que le acecha la locura.

— ¡ Oh ! usted, señor Pensador — replicó el rey riendo, — ve locos en todas partes.

— Es verdad que adivino la locura, sire, cuando no existe todavía ; pero no la supongo á tontas y á locas. Mire, conozco á uno de los antiguos ministros de Vues-

tra Majestad, que se volverá imbécil antes de tres meses:

— ¿ Quién es ? — preguntó la Pompadour.

— El señor de Séchelles — respondió Quesnay, después de hacerse rogar un poco.

— Bueno — dijo el monarca ; — usted lo quiere mal, porque le habrá negado algo cuando estaba en el poder.

— Eso á lo sumo podría inducirme á decir una verdad desagradable ; pero no á inventar. El señor de Séchelles se volverá loco, y tal vez antes de lo que yo pienso. Es debilidad de órganos : á su edad quiere echarlas de tenorio ; he notado que no puede coordinar sus ideas.

— Vamos, vamos, ya lo veremos, señor Pensador, — dijo Luis XV dando un golpecito en el hombro á Quesnay.

El rey, preciso es decirlo, tenía gran afecto á su médico, cuyo valor reconocía y al que consultaba hasta cosas ajenas á su carrera.

Llamábale familiarmente *el Pensador*, y habiéndole concedido cartas de nobleza para recompensarle sus servicios, le dió como armas tres flores de pensamiento con esta divisa : *Propter cogitationem mentis*.

— Ríase, Sire, — repuso el doctor á las últimas palabras del monarca ; — pero ¿ no es también cierto que tiene usted un monomaniaco en su propio consejo ?

— ¿ Eh ? ¿ En mi consejo ?

— Tome Vuestra Majestad nota de la fecha, y apuesto á que antes de tres semanas el señor Berryer está loco ó cataléptico.

— ¿ Mi ministro de marina ?

— El mismo, sire : hay síntomas que nunca engañan. Ayer ví al señor Berryer en la capilla ; estaba sentado en una de esas sillitas en donde generalmente se ponen los pies. Las rodillas le tocaban la barba, lo que hacía reír á los señores guardias de corps.

Entré en casa del ministro al salir de misa ; allí fuí testigo de otros varios signos de ausencia de juicio y ví que el señor Berryer tenía mirada extraviada.

Su secretario le hizo una observación muy en su lugar, y él le contestó enfáticamente :

— ¡ Cállese, pluma ! la pluma se ha hecho para escribir y no para hablar.

Quince días después de esta conversación, los señores de Séchelles y Berryer dieron pruebas auténticas de demencia ; y el último llegó á desbarrar en pleno consejo y hubo que prohibirle que se acercase al salón de deliberaciones.

En cuanto al empleado en las cocinas, le llegó el turno á los dos meses, volviéndose loco rematado.

Desde entonces, se consultaba con frecuencia á Quesnay acerca de numerosas personas por quienes se temía la locura, y siempre supo él distinguir las que debían ser atacadas de las que, por el contrario, debían permanecer sanas, á pesar de los reveses que las afligían.

Quesnay no sólo era un sabio. De haber vivido en Esparta ó en Atenas, Grecia le hubiera dado seguramente este nombre.

Citemos una frase suya que lo prueba.

El delfín, padre de Luis XVI, se quejó ante él de las molestias de ser rey, á lo que el doctor declaró no ser de la misma opinión.

— ¿ Qué haría usted, pues, si fuese rey ? — le preguntó el príncipe.

— Monseñor, no haría nada.

— ¡ Bah ! ¿ Quién gobernaría entonces ?

— ¡ Las leyes !

Tal era el hombre que acababa de entrar. Entonces tenía setenta años, pero todavía era vivo y avisado como en plena juventud.

Al verle, desapareció la esperanza de Felipe. Sabía que no le molestaban por nonadas, y, por consiguiente, deducía que la enfermedad de la favorita era realmente grave.

Quesnay atravesó rápidamente el cuarto, saludó al duque, con quien tenía relaciones, y, sin hacer caso de los dos médicos, á los cuales reconoció al primer golpe de vista penetró en las habitaciones de la Pompadour.

Cabalus y Raphaéli se disponían á acompañarle para ayudarle, según ellos, con sus consejos ; pero él los detuvo en la puerta, dándoles con ella en las narices, y ordenando á un criado que no los dejase entrar bajo ningún pretexto.

Felipe tomó entonces el partido de esperar su salida á fin de enterarse exactamente por él y saber si le quedaba alguna esperanza de ver á la marquesa, aunque lo dudaba mucho.

Durante ese tiempo, César y Ángel, que no tenían

cosa mejor que hacer, empezaron de nuevo á pelearse por el sinoco y la flegmasía.

Al cabo de media hora reaparecía el doctor Quesnay.

Su fisonomía era poco tranquilizadora y traía aspecto preocupado.

Acercósele Felipe.

— Doctor — le dijo, — desearía tener una corta entrevista con madama de Pompadour. ¿Está enferma de tal gravedad que no pueda recibirme un instante?

— Está muy enferma, querido duque, y no le ocultaré que me inquieta su estado.

— En ese caso, ¿me es del todo imposible verla?

— ¡Oh! absolutamente. Además, no comprendería ella lo que usted le dijese, pues es presa de violento delirio, que me temo vaya en aumento. Ni siquiera he podido interrogarla sobre el motivo de su mal, que, estoy seguro, ha debido de sobrevenir á causa de una grande conmoción moral.

— ¡Qué desgracia! — exclamó Felipe viendo fracasar su proyecto.

Quesnay, suponiendo que esa exclamación aludía al estado de la favorita, miróle con extrañeza, pues no sabía que se interesase tanto por ella.

— En ese caso, adiós, doctor — dijo el duque; — pero, ¿querría usted avisarme en cuanto mejore el estado de la marquesa? — Me hará usted un señaladísimo favor.

— Con mucho gusto... si es que mejora.

— Naturalmente.

Felipe se marchó.

Cuando Quesnay iba á hacer lo mismo, Cabalus y Rafaeli, sin dejar su discusión, se le acercaron.

— ¿No es verdad, querido colega, que es synochus imputris lo que padece la marquesa? — gritó el primero. — Creería usted que este mostrenco me sostiene que...

— Diga usted á este imbécil, querido colega, que esa señora sufre una flegmasía cerebroespinal — añadió el italiano.

Quesnay lanzó una mirada compasiva á los dos personajes que osaban llamarle colega y les contestó fríamente:

— Veo, caballeros, que poseen ustedes igual ignorancia, lo que, por otra parte, ya sabía. En el caso de madama de Pompadour, no hay fiebre pútrida ni inflamación del plexo cerebral; es una fiebre nerviosa complicada con ataxia.

Si tuvieran ustedes la menor noción del arte que profesan, lo hubiesen notado sin esfuerzos; los síntomas son bastante claros.

Y se fué á su vez, dejando muy apesadumbrados á Cabalus y á Rafaeli.

Pero como los necios nunca quieren reconocer su necesidad, así que hubo desaparecido Quesnay, se encogieron de hombros y dijeron desdeñosamente:

— ¡Y ponderan el saber de ese... individuo!

— ¿Y á eso llaman un pozo de ciencia!

Al mismo tiempo, muy al unísono, lanzaron una cargada sarcástica dirigida á Quesnay, hilaridad que hubiera durado un buen rato, si un lacayo enviado por

las señoras de Hausset y de Mirepoix, que cuidaban á su amiga, no les hubiese suplicado que se marchasen inmediatamente, pues el ruido que hacían fatigaba mucho á la marquesa.

Esa manera de despedirlos no era muy de su agrado; no obstante, en vista de la insistencia del doméstico, decidiéronse á salir, no sin protestar contra los pocos miramientos que se tenía para con sus ilustres personas.

Mas apenas franquearon la puerta, cuando, olvidando la herida hecha á su amor propio, volvieron á su sempiterna discusión dirigiéndose invectivas con más ardor que nunca.

## XVIII

INESPERADO RESULTADO DE UNA INTERVENCIÓN  
CABALLEROSA

Felipe de Lagardère estaba desesperado por lo que ocurría.

En vista de los acontecimientos, la libertad de los dos jóvenes, así como la de ambos prisioneros, estaba aplazada para una semana.

En cuanto á Enrique y Romualdo, su idea de visitar á Sartine, para que las cosas no pasasen á mayores, le tranquilizaba bastante por su suerte, si bien conocía el celo de funcionario cortesano que desplegaba el conde de Alby.

Pero respecto de Blanca y Luisa, era grande su inquietud, y sentía rugir en él sorda cólera al pensar que tenían que permanecer ocho días en el Parque de los Ciervos.

¡ Ah! Á no ser por el escándalo que resultaría indu-